

El señor J., se parece a L., es hermoso de rostro. Debajo de su rudeza tiene también sin embargo mucha *melifluidad*, y en toda su persona, en su acento, en sus modales cierto color montaraz e inglés. Ha nacido en el monte Jura. También ha estado algunas veces en Ginebra. Simpatizamos mucho en ideas e inducciones, y también en la dificultad de expresar lo que sentimos.

Vuelvo a N. Por decirlo de una vez, tiene traza y hasta las inclinaciones de un caballero campesino. Le he dado leer vuestras poesías; le gustan muchísimo. P. L., está por dar a luz sus viajes a la Grecia, en verso. He oído la lectura de un fragmento de esa obra, está precioso, poético como Byron; pero carece de aquella fecundidad de pensamiento, y no hay aquí el genio vasto y adolorido del inglés y de su rival de Florencia. El señor L., se parece a Goethe (ya echáis de ver en eso, mi manía de comparar). Lee sus versos de un modo particular que embelesa; en sencillez, tranquilo, reservado; hay como algo protestante en su persona. Ha viajado mucho. Tiene ya corriente una colección de poesías, pero le repugna el darlas todas a luz, porque le parecen sobrado individuales. Le ha gustado mucho *mi vida*. Os diré de paso que \*\*\* y N., tienen mis poesías en mayor estima, de lo que acaso se merecen. Tengo ya otras muchas que he compuesto en Ginebra y en París. Tengo intimidad con de B., hijo del poeta, hombre de elevado talento. T., hace representar su P., dentro un mes. Es un drama enteramente romántico. T., ha estado en el Cabo de Buena Esperanza y en la Martinica; por lo demás, es un hombre, con modales atabernados. Tiene compuesto un poema. No se le puede negar un talento primaveral y gracioso; más, para que gusten sus poesías, es preciso no conocerle. ¡Qué desengaño! me acuerdo que su *Pescador* nos hizo llorar, y yo me complacía en atribuir al autor algo ideal, siendo para mí nuevo su nombre, como que lo leía por la vez primera en una composición tan vaporosa y enteramente marítima, figurábame sería un suave genio de las olas, y es un compuesto de brusco y de soldado. V., (a quién he visto un rato

en casa de \*\*\*); es un hombre de estatura agigantada. Al hablar con un hombre honrado forma su pecho una arcada y sus rodillas un triángulo. Si está sentado, las arregla de modo que hace con ellas un ángulo agudo. Añádase a eso que no dice seis palabras sin que vayan acompañadas de un *pues señor*, que son sus modales del antiguo regimen, y que es flaco como un lagarto. El verde dá miedo. Conoce a L. A., el historiador duelista, parece un cortante civilizado. Se distingue por cierto aire áspero bien que imponente sin embargo. Me falta espacio para hablaros de D. y otros literatos conocidos míos. Dos palabras sobre S.: es un hombre que a mi parecer, participa de charlatán, de Swedenborg, y al mismo tiempo de un verdadero poeta. Tiene un talento descriptivo muy singular. Solo una entrevista he tenido con él; ya tengo bastante. Verdad es que la conversación ha durado tres horas. Pero sobrada espumosa rebosa este cerebro, para que todavía vaya yo a someterle a un análisis. C., que es un buen muchacho, debe presentarme en casa de Benjamín Constant. Este C., (como es redactor de la *Revista Protestante*) se me figuraba antes de conocerle un pastor sesudo y venerable, y es un atolondradillo, eso sí, un mozo de travesura y de mérito, pero sin genio. Todavía quisiera deciros otras muchas cosas interesantes, pero debo concluir esta carta.

Ya han salido a luz vuestras *Melodías*. Es una edición muy linda. Las he leído y vuelto a leer con el mayor gusto. El periódico *la R.* ha hecho sobre ellas un artículo, yo hago otro para *el F.* y también las he recomendado a los redactores *del G.* Hablarán también en *la N.* sólo para un éxito cabal, se necesitarían personas que os hacen falta. Me estoy temiendo que no se venderán muchos ejemplares. La poesía está tan desacreditada que es preciso hallarse en el mismo París para penetrarse completamente de como está eso. Todavía es peor cien veces que en Ginebra, nadie lee versos; y aun se compran menos, exceptuando únicamente a L., D., y \*\*\*. Además que en París todo el mundo hace buenos versos. Corren tantos manuscritos, que un autor extranjero que no tiene más protección que su

talento, solo por una muy feliz casualidad puede darse a conocer. El estar lejos de París también bastante perjudicial a vuestro libro, a bien que esto es mucho mejor para vuestro reposo. La grande Babilonia os saludaría de hastío, de cieno, de cansancio y tristeza. Ignoro cuál sea el estado de nuestro ánimo en Florencia; pero a buen seguro que os hallaríais peor en París; eso prescindiendo de lo extremadamente difícil que es vivir en él con decencia. Por ahora aún no gano nada, y sin embargo tengo amigos verdaderos que hacen cuanto está en su mano para procurarme alguna cosa. Me han escrito que teníais relaciones con L. Describidme desde el gorro hasta la babucha. Es, como yo me lo figuro, un loup Byron francés, indolencia, vanidad, afectación, desventura, entendimiento devorador, genio a borbotones, buen tono, elegancia, por fin una atmósfera poética de extranjero que nada tiene de común con la atmósfera impura de nuestros literatos parisienses? ¿Si será L., ese ideal del alma mía, en el cual me place el hallar hasta esos mismos defectillos de vanidad, de pueril afectación que allá en otro tiempo detestábais, y que por fin habéis descubierto en vos mismo, como siempre se descubrirán en casi todos los poetas que poseerán el espíritu de análisis y la sinceridad del hombre superior? Es la una y media. Interrumpo la carta. Todavía estoy en escribir algunas palabras con motivo de dos elegias que os acompaño.

Amigo mío, voy a continuar mi carta y van ya no pocas veces de concluirla y comenzarla de nuevo. Son las ocho de la noche, y estamos a 31 de marzo. Estoy loco de dolor, mi desesperación excede a cuanto pueden sobrellevar mis fuerzas. Hoy mismo he padecido lo que apenas puede un hombre imaginarse. Por fin, esta tarde, he tenido un ataque de calentura, era el exceso del sufrimiento moral. Mirad. ¡Si pudiera al menos persuadirme de que algún día llegaré a ser feliz! pero veo un porvenir más lóbrego todavía que mi situación actual. Ya me conocéis, no ignoráis las extravagancias

de mi carácter. Ahora he llegado a descubrir una cosa tocante a mi mismo, y es que en realidad no soy desgraciado por tal o cual motivo, sino que existe en mí un dolor permanente, que toma formas diversas. Ya sabéis por cuantas cosas he sido desventurado hasta ahora, o mejor bajo cuantos aspectos se ha reproducido la bilis, o el principio que causa mi tormento. Ya os acordáis de que el motivo de mi tristeza, consistía unas veces, en no haber nacido inglés, otras, en no ser apto para las ciencias, y aún lo que más comunmente me traía afligido, era el no ser rico, el tener que luchar con la miseria y las preocupaciones, el vivir sin la menor celebridad. También os consta como desde Ginebra se me figuraba que si algún día llegaba a tener algunas relaciones en París, no padecería ya más. Pues bien, amigo mío, me frecuento casi con todos los literatos más distinguidos, algunos, como por ejemplo \*\*\*, C. N., etc., son para mí unos amigos ilustres, con los que casi tengo tanta familiaridad como con vos. Pues bien, mi vanidad se halla satisfecha; a veces tengo en los salones algún momento de satisfacción mundana; por fin he sentido el embeleso de esos triunfillos instantáneos de una reunión; y con todo eso, el fondo, el conjunto casi total de mi vida, no diré que sea absolutamente la infelicidad, pero sí un cáncer árido; un plomo liquido creo que me está circulando por las venas; vista mi alma al descubierto daría compasión, temo que me vuelva loco. Desde que estoy aquí, mi dolor ha tomado cinco o seis formas; al principio fué la nostalgia, y la poca seguridad sobre mi porvenir; luego el sentirme aislado, el conocer mi nulidad; en seguida un vacío por el cual está bramando ese horroroso tumulto de pasiones de que tanto os he hablado ya; por fin, hace dos meses que todas mis facultades de dolor se han reunido en un punto. Casi no me atrevo a deciroslo, tal es su rematada extravagancia, pero ¡por Dios! no veáis en eso más que una forma, una variedad de mi dolor, más que una parte de la úlcera que me está corroyendo; no vayáis a juzgarme según las reglas ordinarias, mirad el mal y no su objeto. Ahora bien, ese punto central de

todos mis infortunios es el no haber nacido inglés. ¡Os suplico no os echéis a reír; estoy sufriendo tanto! Las personas que están enamoradas de veras son maniáticas lo mismo que yo, tienen también una idea sola, y esa absorbe todas las demás sensaciones. Y ahora, yo que así por tanto tiempo he tenido atormentada el alma por ese tumulto complicado, soy también un maniático.

Estos días estaba leyendo la Valeria de madama Krudener, no puedo expresar las sensaciones que me ha causado. Ese libro singular en otro tiempo me había fastidiado; ahora me ha partido el corazón. Será porque Gustavo es víctima como yo de una pasión devoradora, o más bien, de una energía de sensaciones que le está devorando y que se ha aferrado en un elemento natural, el amor, mientras que esa misma energía, como que en mi alma solo con el vacío está luchando, no hace más que producir fantasmas. Estaba leyendo esa novela cuando los primeros rayos del sol de la primavera, en las vastas y tristes calles de árboles del Luxemburgo. A cada paso me paraba anonadado.

Ahora os explicaré el origen de mi pasión a la Inglaterra. En primer lugar, ya sabéis cuanto me gusta el vivir con los muertos, conocer su vida pasada, habitar con ellos, seguirles en las circunstancias de su existencia, en una palabra, a crearme yo mismo simpatías por entre la ilusión del tiempo, y que no pueden ser destruidas por la presencia de los individuos. Pues bien, allá en Inglaterra, tendría a lo menos cincuenta poetas de una vida de aventuras, cuyos libros se hallan llenos de imaginación, de pensamientos, etc.; en Francia ni siquiera tengo tres. A más de esto, hubiera tenido una patria de la cual hasta las preocupaciones me habrían gustado; ¡hay tanta poesía en las costumbres antiguas de Inglaterra, y tanta imaginación en todo lo que atañe a ese país! Primeramente en vez de una literatura hay cuatro: la americana, la inglesa, la escocesa, la irlandesa; y con la misma lengua tienen todas un carácter diferente. ¡Qué riquezas literarias! La vida del caprichoso Cowper, que es un poeta tan grande, se ha escrito en tres tomos en octavo; la de Jonhson en cuatro. De este dice Walter Scott que se

halla en todas las casas de campo, etc. Y además, que al solo nombre de Jonhson un inglés tiene a la vista una individualidad, un personaje que tiene el privilegio de vivir siempre, y obrando lo mismo en lo físico que en lo moral. Hay treinta poetas vivos, originales todos, todos con individualidad propia, que no siguen unos las huellas de otros y que son muy fecundos. ¡Cuántas riquezas! ¡Por fin, qué aventuras las de ese desventurado Savage, de Shelley! ¿y Byron, qué coloso? ¡cuántos tesoros para un espíritu que guste de apartarse del mundo, y buscar en su biblioteca a los amigos! ¡Cómo se esmeran los ingleses en el cuidado de sus autores! les reimprimen en todos tamaños. ¡Qué gusto en sus ediciones! ¡qué imaginación en las viñetas! ¡mirad a la nación misma, los hombres de traza innoble son en Inglaterra tan raros como lo son en Francia los que son distinguidos en su porte! Todo en esta nación es *escéntrico*; hasta su originalidad me gusta, y su extraño modo de vestir. Solo allí reina con mil formas el entusiasmo; solo allí, junto a las más severas verdades positivas, se encuentran las fruslerías más pintorescas. Ese país lo reúne todo, lo positivo y lo ideal, la Francia y la Alemania. Es el único bastante fuerte para comprenderlo todo, bastante grande para no desechar nada.

¡Qué individualismo! A un inglés se le conoce entre mil personas, un francés se parece a todo el mundo.

La abundancia de sectas religiosas en Inglaterra es cuando menos una prueba de buena fe, es una prueba que hay almas con necesidad de esperanza a las cuales no ha calcinado la materia. Las extravagancias individuales de los ingleses solo prueban que tienen agitados los corazones. ¡Oh! ¡si viérais la Francia, cuánto disgusto os daría! Para un hombre cualquiera siempre es un sentimiento el verse colocado en un sitio que no le parece el suyo. Esto o incomodaba a vos en Ginebra. Pues bien, yo me hallo malísimamente colocado, pues ninguna simpatía tengo hacia la Francia, y que en todo las siento hacia la Inglaterra; muy cruelmente me encuentro, puesto en medio de una nación frívola, charlatana, impía, árida, y vanidosa y fría, al pensar que hay

una nación religiosa o terriblemente escéptica, pero que a lo menos no es indiferente; que hay una en la que se hallan amigos fieles, almas ardientes y exaltadas, y en la cual, la misma frivolidad, caprichosa y extravagante, carece de ese tornillo burlón y puerilmentè soso que tiene en Francia. En la fonda a que voy a comer hay franceses e ingleses. ¡Cuánta diferencia! Casi a todos los franceses les veo que son gascones, groseros, todos los ingleses son nobles y decentes, por fin, amigo mío, siento que un amante puede hablar de su amor a un amigo, porque esta pasión en todos los corazones encuentra un eco, nada hay en eso que sea ridículo; pero tal es el cúmulo de los dolores míos, que no me atrevo a confiarlos porque son harfo individuales, y deben parecer sobrado ridículos para quien no los ha sentido. Y sin embargo (por Dios os pido tengáis la suficiente des- preoocupación para creerme), esta locura me hace sufrir dolores *espantosos*. Cualquiera cosa me la excita, la vista de un inglés, de un libro inglés que se halle de venta en la librería de Baudry, y hasta las burlas de que suelen ser blanco, todo eso me está devorándolo; son otras tantas puñaladas que avivan más y más mi dolor, lo mismo probablemente, que cuanto recuerda una querida muerta a un amante apasionado. Por fin, hasta de la gloria misma me está disgustando esa manía que me ha dado. Quisiera ser célebre en Inglaterra, y por consiguiente, escribir en inglés, a bien que me hallo harfo agitado con motivos de mis dolores para que pueda escribir otra cosa, y por desgracia no son asuntos poéticos. Bien sé que, si (suposición absurda como todas las suposiciones), fuese inglés, no sufriría menos con mi temperamento enfermizo, pero eso me causa por ahora un efecto enteramente diverso. Lo que me da únicamente esta persuasión es mi raciocinio, porque si solo escuchase la sensación, me parece que con solo haber nacido inglés, podría sobrellevar todos mis males. Me represento lo que soy en organización y en espíritu, pero me figuro que si hubiera nacido lord inglés y rico ¡todos mis gustos, todas mis vanidades, todo estaría satisfecho! al con-

parar esta suerte con la mía estoy a punto de volverme loco.

No obstante, muchas veces me ha acudido una reflexión; pero, ¿qué pueden las reflexiones contra una pasión? Es esta: si no fuera exactamente lo que soy, no existiría; ya sería otro diferente de mí; mi yo homogéneo, idéntico e individual quedaría destruido; ¡tendría otras ideas! Nadie quisiera cambiarse por otro, y nadie está contento de lo que es. ¡Qué contradicción! Aceptémonos como somos. Yo sufro tanto que me parece cambiaría de buena gana, el grado de dolor a que no había llegado hasta ahora. Bien mirado todo, aceptar la suerte de otro, si fuese posible, eso sería morir. La muerte no es más que la destrucción del yo! ¿Pero qué estoy haciendo? ¿Por qué manía irresistible me dejo arrastrar? ¡Ah! amigo mío, cuando sondeo nuestra naturaleza, me persuado cada vez más de que somos piezas necesarias de un conjunto que no vemos; estamos desempeñando un papel que nos será revelado algún día. Si me preguntaran, ¿creéis en la existencia de Dios, en la inmortalidad del alma? diría: ¡cuestiones absurdas! Dios existe porque es necesario; y por mi parte creo que en este mundo nos hallamos en un estado falso, transitorio, intermediario. ¿Hemos existido en alguna otra parte? ¿Debemos volver a vivir? ¿De qué modo nos será dado, con las lenguas limitadas como tenemos, y con nuestras ideas embrolladas, de qué modo nos será dado llegar hasta ese gren desconocido? ¡Oh! ¡Dios! ¡Dios! por todas partes le estoy viendo. Ese mismo deseo ardiente que de conocerle tengo, y también de adivinar lo que somos, esos presentimientos de lo infinito, y ese muro de bronce, ese muro de lo imposible, de lo vedado, contra el que vienen a estrellarse no sólo nuestros sistemas, pero hasta nuestros arranques de ideas y todo, todo eso se prueba un *Ser*. No, con barro no hubiera producido la tierra seres tan complexos y tan singulares. Luego, el ir más lejos, me parece cosa imposible. Me quedo esperando y guardo silencio. Solo sé que acá en la tierra me estoy agitando oprimido por el dolor enal si estuviera sujeto a la cuestión del tormento.

¿Esos dolores serán compensados en este mundo o en otra parte? Lo ignoro.

Tan vivos han sido hoy mis males, que lo que de ordinario suele asustarme más, lo miraba casi sin temor. A puro sufrir, la gloria, la dicha, el porvenir, todo me parecía imposible, indiferente. ¡Oh! si supiérais las sugerencias infernales que acompañan a todo eso. ¡Las horribles ideas que me pasan por la cabeza, los tormentos de la duda! ¡Ser tan desgraciado, y sentir, como yo lo siento, que lo soy efectivamente mucho! Eso es todo... Lo que más tormento me causa, es el ver a hombres cuyo carácter les impele hacia la felicidad. Entonces, digo interiormente: si sufrieran todos, una compensación general, un paraíso después de la vida me parecería indispensable. Pero los hay, por más que se diga, los hay que son dichosos (por su carácter). De ordinario estos piensan muy poco en el porvenir, viven sin previsión y satisfechos; todo es en la tierra para ellos. ¿Si sería la desgracia nada más que una cruel enfermedad? ¿Estarían los que son infelices apestados con una llaga incurable, a quienes su organización hace sufrir como la organización de los venturosos les hace gozar? Con todo eso, espero sin embargo, y confieso que me parece está Dios tan mezclado en todas las cosas de la tierra, que al fin y al cabo, confío en El. Inclínemos la cabeza, amigos. ¿De qué sirve regañar contra lo imposible? Muchas veces anatomizo mis dolores, y los contemplo con frialdad. La idea en mi predominante es que nada puedo contra ello.

Hace dos meses he vuelto al estudio del inglés con tal energía, que ya leo la poesía con facilidad. Ahora estoy leyendo a *Rasselas*. Este sí que es un libro prodigioso. Pienso en ir a Inglaterra, y pasados algunos años escribir en inglés. J. L., con quien estoy muy relacionado, me presta los poetas modernos de Inglaterra, son encantadores. He trocado vuestro *Gerando* con un Byron en un solo tomo. He leído de él un poemita, *la meditación*, que me ha causado una impresión aterradora. Una señora inglesa que me da lecciones, me ha dicho que con dos años de permanecer en Inglaterra, escribiré el inglés

muy bien. En efecto, ya traduzco casi sin hacer faltas. Verdad es que casi la mitad del día la paso trabajando en el inglés. Mis manías son siempre crueles. ¡Qué fastidio! En fin, a cualquier parte que dirija la vista solo dolores veo. Mis medios de subsistencia son también un tormento para mí. Ahora estoy trabajando en una biografía; pero necesito dinero; y hasta me veo muy apurado.

I. G.

Al pensar que el hombre que ha escrito esto ha muerto en medio de sus pesares, de cada línea de esa carta tan extensa, se desprenden mil reflexiones diferentes. ¡Qué novela, qué historia, qué biografía se encierra en esa carta! No repetiremos a buen seguro las vulgaridades de moda sobre eso; lejos de nosotros el exigir que todas las amargas pintadas por el poeta sean experimentadas real y constantemente por el artista, lejos de nosotros el desaprobarnos que Byron llorase en una elegía y riera jugando a billar, lejos de nosotros el señalar límites a la creación literaria, ni vituperar al poeta porque se atribuya artificialmente este o el otro dolor con objeto de analizarle en sus convulsiones, a la manera que el médico se inocular tal o cual fiebre para estudiarla en sus paroxismos. Reconocemos tan bien como el primero cuanto hay real, verdadero, bello y profundo en ciertos estudios psicológicos, hechos con padecimientos excepcionales y en estados particulares del corazón por eminentes poetas contemporáneos, quienes no por eso han muerto sin embargo. Sino que no podemos menos de observar que lo que más particularmente desgarrador hay en la carta que acabamos de citar, es que el que la ha escrito, falleció sucumbiendo al peso de los sufrimientos que describía. Aquí no se trata de un hombre que dice: estoy padeciendo, sino que es un hombre que padece; no es un hombre que dice: me muero, sino que es un hombre que se muere de veras. No es esta la anatomía estudiada en entrañas figuradas con cera, ni siquiera estudiada en la carne muerta, sino que es la anatomía estudiada nervio por nervio, fibra por fibra, y vena por vena, sobre la

carne que vive, que brota sangre y que está arrojando suspiros. Aquí se está viendo la llaga, y oyendo el grito. Esta carta no es asunto literario, asunto filosófico o poético, obra de un artista profundo, fantástico capricho del genio, visión de Hoffman, no es tampoco ninguna pesadilla, que es una cosa real, es un hombre que está escribiendo en su boardilla. Miradle con su mesa llena de libros ingleses, allí está con su pluma, tinta y papel, formando líneas y más líneas, sufriendo y diciendo que sufre, llorando y diciendo que llora, buscando la fecha en el calendario, y hasta poniendo que hora es, dejando la carta, volviendo a ella; e interrumpiéndose de nuevo para encender el velón y luego continuarla, después se va a hacer una comida de cuatro reales, vuelve a casa, tiene frío, se pone otra vez a escribir, y a veces casi sin saber que escribe; pues tantas sacudidas da el dolor a su cerebro, que caen sin orden sus ideas sobre el papel, dejando que se esparzan y corran revueltas, cual sucede con las hojas de un árbol cuando mucho arrecea el viento.

Y si fuera permitido el examinar en que estilo agoniza un hombre, podrían hacerse no pocas observaciones tocante a esa carta. Generalmente hablando, las cartas que se están publicando todos los días, cartas de hombres grandes y de hombres célebres, carecen de sencillez y de ingenuidad. Siempre siente uno al leerlas que se han escrito con la probabilidad de que un día habrían de imprimirse. Pablo Luis Courier hacía hasta diez y siete borradores de un billete de quince líneas. Corrección muy extraña por cierto, y que jamás hemos llegado a comprender. Pero tocante a la carta de Imberto Galloix, esa sí que, a nuestro entender, es una carta verdadera, bien escrita, en el estilo en que debe estarlo una carta; bien libre, bien inconexa, bien espontánea, bien ignorante de la publicidad que puede llegar a tener algún día, bien segura de que debe ser perdida. Aquí se nos presenta la idea del mismo modo que despunta naturalmente, hacia nosotros viene candorosa en el mismo estado en que se halla, pasando sin micamientos por entre la frase, prescindiendo de si puede acarrear algún perjuicio a su armonía. A veces lo que quería decir el que la ha escrito se encierra en un *et cetera*, y deja que

campee nuestra imaginación. Es un hombre que está padeciendo y lo comunica a otro hombre. Nada más. Y debe tenerse presente que decimos a otro hombre, que no lo comunica a veinte, ni a diez, ni a dos, pues si en vez de un amigo tuviera tan solo dos oyentes, lo que hace aquí este poeta, sería ya una elegía, sería ya un capítulo, pero ya dejaría de ser una carta. Entonces adiós lo natural, adiós la realidad, la franqueza pura; la verdad; pues vendría el estilo de ceremonia, entonces veríamos como sus mismos harapos le servirían de embozo. Para escribir una carta como esta, tan desordenada, de tanta amargura, tan bella, sin ser desgraciado como lo era Imberto Galloix, con solo el impulso de la creación literaria, se requiere ya mucho numen; Imberto Galloix sufriendo, equivale a todo un Byron.

Todas las cualidades penetrantes, metafísicas, íntimas, ese estilo las tiene; también tiene, lo que no deja de llamar la atención, todas las cualidades mordaces, incisivas, pintorescas. En esta carta se hallan algunos retratos. Muchos van delineados con sobrada precipitación, y se echa de ver que los modelos han permanecido poco tiempo ante el pintor; pero ¡cuán verdaderos son algunos! ¡cuán bien presentados están en general! ¡singular metamorfosis, y la que es otra prueba entre otras mil, de que solo dos cosas constituyen al poeta; el genio o la pasión! ¡ese hombre que para las biografías no tenía más que una prosa asaz descolorida, y para sus elegías una poesía asaz lánguida, véasele súbitamente escritor admirable en una carta! Desde el momento en que no se acuerda ya de ser prosista ni poeta, es a la vez gran poeta y gran prosista.

Lo repetimos, esta carta se conservará. Es una mezcla de ideas acaso las más extraordinarias que haya producido todavía en un cerebro humano la doble acción combinada del dolor físico y del dolor moral. Para aquellos que han conocido a Galloix es una autopsia horrorosa, la autopsia de una alma. Ya hemos visto pues lo que habría en el interior de esa alma. Había esta carta. Carta fatal, convulsiva, interminable, en la que el dolor ha ido filtrando de gota en gota durante sema-

nas y meses, en la que un hombre cuya sangre está manando, contempla su hemorragia, en la que un hombre que grita, raciocina sobre lo agudo de sus gritos, en la que a cada palabra hay una lágrima.

Al contar una historia como la de Imberto Galloix, no hay que escribir la biografía de los hechos, sino la biografía de las ideas. Efectivamente, ese hombre no ha obrado, no ha tenido amores, no ha vivido; no ha hecho más que pensar; con tanto pensar se ha ido extraviando por un mar de cavilaciones; hasta que por fin, rendido de dolor, le vemos aniquilándose. Imberto Galloix es un guarismo más para servir a la solución de este lúgubre problema:—¿Dado un pensamiento que no puede salir a luz, y tiene que permanecer aprisionado dentro el cráneo, cuánto tiempo tarda en gastar un cerebro? Lo diremos otra vez, en una vida como la suya no hay acontecimientos, no hay más que ideas. Analícense las ideas, y queda explicado el hombre. Lo cierto es que lo que sobresale principalmente en esta tétrica historia es el hecho siguiente: ¡*Un pensador muere de miseria!* He aquí que ha hecho de una inteligencia ese París, la ciudad inteligente. Esto da mucho que meditar. En general la sociedad suele tratar a los poetas de un modo asaz extraño. La sociedad con respecto a la vida de los poetas se muestra pasiva o activa, pero siempre triste. En tiempo de paz les deja morir como a Malfilatre, en tiempo de revolución les hace morir como a Andrés Chenier. Para nosotros, Imberto Galloix, es además un símbolo. Representa a nuestra vista una parte muy notable de la generosa juventud actual. Está poseída interiormente por un genio mal comprendido que la está devorando, al exterior sólo tiene a una sociedad mal dispuesta que la ahoga. No hay salida para el genio cogido dentro el cerebro; tampoco hay salida para el hombre cogido debajo de la sociedad.

En general, las personas que piensan y que gobiernan no cuidan bastante en nuestros días de esa juventud que rebosa todo género de instintos, que con ardor tan inteligente y tan resignada paciencia se va precipitando por el arte en todas direcciones. Ese gran número de ingenios jóvenes que está fermentando en

la obscuridad, necesita que se le abran las puertas, necesita aire, luz, trabajo; horizonte. ¡Cuántas cosas grandes podrían hacerse, si se quisiera, con esa legión de inteligencias! ¡Cuántos canales hay que abrir, cuántos caminos nuevos en la ciencia; ¡cuántas provincias que conquistar, cuántos mundos que descubrir en las regiones del arte! Mas no, todas las carreras se hallan cerradas u obstruidas. Dejan que todas esas actividades tan diversas, y que pudieran servir de tanta utilidad, se aglomeren y pudran en ámbitos reducidos y sin salida. Podría ser un ejército y solo es una guerrilla. La sociedad, para los recién venidos, está muy mal organizada. No obstante, todas las almas tienen derecho para aspirar a un porvenir. Por cierto que es cosa muy triste el ver a todas estas inteligencias lastimadas y congojosas, el verlas con la vista clavada en la luminosa ribera, donde tantas cosas hay esplendentes, gloria, poder, renombre, y fortuna, penando impacientes en la ribera de la lobreguez como las sombras de Virgilio:

*Palus inamabilis unda*

*Alligat, et novies Styx interfusa coërcet.*

La laguna Estigia, para el pobre artista joven y desconocido, es el librero que dice, volviéndole su manuscrito: Primero es preciso hacerse una reputación. Es el teatro que le dice: Primero es preciso hacerse una reputación. Es el museo que le dice: Primero es preciso hacerse una reputación. ¡Vaya! Pero dejad que puedan principiar, ayudadles. ¿Los que son ahora célebres acaso no fueron antes oscuros? ¿Y cómo es posible granjearse una reputación, por muy elevado que fuere su genio, sin museo para su cuadro, un teatro para su drama, un impresor para su libro? Para que el pájaro vuele no le bastan las alas, que además necesita aire y espacio.

En cuanto a nosotros, somos de parecer que, principalmente en el arte, en el cual el más vivo y apasionado desinterés debe reinar entre todos los ingenios, que es un deber para los que han llegado ya, el facilitar la senda a los que están empeñados en ella. Estáis ya en la cumbre, mejor, dad la mano a los que van subiendo. Y digámoslo para honra de las letras; en general, siempre

ha sucedido de este modo. Por nuestra parte, no podemos creer en la existencia efectiva de esta especie de arañas literarias, que, según dicen, tienden por ejemplo su tela a la puerta de los teatros, y que se arrojan desapiadadamente contra cualquiera infeliz viandante oscuro, que con su manuscrito llega a pasar por allí. Que así se arranquen las alas a la pobre mosca joven, que así se le quite la celebridad, su obra, y hasta el dinero, al infeliz poeta desconocido e impotente, por el docoro de cualquiera persona que escribe, queremos ignorarlo, si esto sucede, y no podemos creer que así sea. Respecto al que escribe estas líneas, todo poeta que asoma en el horizonte es sagrado para él. Por poco lugar que ocupe en literatura, siempre se pondrá a un lado dejar libre el paso a un desvalido principiante.

¿Quién sabe si este pobre estudiante, desdeñado ahora, llegará un día a ser un Schiller? A todo niño que forma círculos y líneas en una pared le tenemos respeto, acaso hay en él el genio de Pascal, el muchacho que traza un perfil en la arena, puede muy bien ser un Giotto. A más de que, según nuestra opinión, las generaciones actuales están predestinadas para cosas muy elevadas. Grandes cosas ha hecho este siglo con la espada, también las hará grandes por medio de la pluma. Todavía tiene que darnos este siglo un grande hombre literario igual en grandeza a su grande hombre político. Preparemos por tanto las avenidas. Abranse nuestras filas.

Toda era grande tiene dos faces; todo siglo puede reducirse a un binomio,  $a + b$ , el hombre de acción más el hombre de pensamiento, que multiplicándose uno por otro, expresan el vapor de su tiempo; el hombre de acción, más el hombre de pensamiento; el hombre de la civilización, más el hombre de arte; Lutero, más Shakespeare; Richelieu, más Corneille; Cromwell, más Milton; Napoleón, más el desconocido. ¡Dejad pues que pueda aparecer el Desconocido! Hasta ahora no tenemos más que un perfil de este siglo, dejad que se muestre el otro. Después del emperador, el poeta. La fisonomía de esta época no podrá quedar fijada hasta que la revolución francesa, que en la sociedad se ha hecho hombre tomando

la forma de Bonaparte, se habrá hecho también hombre en el arte. Y esto no dejará de ser así. Entonces nuestro siglo se pondrá, naturalmente y por sí mismo en perspectiva entre esas dos grandes vidas paralelas, la una del capitán, otra del escritor, la una toda de acción, toda de pensamiento la otra, y las dos se explicarán y comentarán incesantemente una por otra. Marengo, las Pirámides, Austerlitz, la Moskova, Montereau, Waterloo, ¡qué epopeyas! Napoleón tiene sus poemas; el poeta tendrá sus batallas. ¡Dejemos por tanto que llegue el poeta, sin que nos cansemos de llamarle! Dejemos que salga de entre las filas de esa juventud en cuyo seno está todavía con la frente cubierta, ese predestinado, el cual combinándose un día con Napoleón, según el álgebra misteriosa de la Providencia, debe dar completa a la posteridad, la fórmula general del siglo décimo nono.